



IL CORTILE DI ANGUILLARA

PEDRO CANO

Una noche de Salvador Galindo



Armando Figueroa Rojas

MENOS mal, pensaba Salvador, que hay cuatro paredes, blancas de día y prietas de noche, para que este cristiano se defienda a la hora del sueño». El hombre, en camiseta y calcetines, entró sigilosamente en el lecho de su mujer, que apenas meneó los hombros buscando, dormida, el acomodo interrumpido por la intromisión del otro cuerpo. La mujer, de costado, reposaba de un fatigoso día en la fábrica de relojes donde, al lado de otras doscientas compañeras vestidas de enfermera, dejaba los ojos

revisando minúsculas maquinarias de metal. Si le temblaron las piernas —a él, no a ella— lo ocultó para siempre la espesa penumbra de la habitación: un oscuro vaho que parecía emanar de la boca del armario, abierto de par en par como un mal recuerdo. De repente, un frío calambre recorrió el largo del espinazo del hombre, centrándole una alarmante comezón entre las ingles. Un fino hilo de luz que llegaba de la casa del vecino le bastó para lograr discernir el camión de rayón rosado, con encajes de filigranas y arabescos, cerrado dogmáticamente hasta

el cuello, cuyos extremos inferiores, ya un tanto deshilachados, dejaban al descubierto las firmes pantorrillas de su mujer: una carne y una blanca que merecían —pensaba Salvador— toda la bondad de un hombre.

A sus espaldas, congeladas en el acto de introducirse furtivamente en el lecho de su mujer —y el suyo también, se dijo— nacía un solitario y oscuro pasillo de donde provenía el susurro de unas pisadas que huían de las sombras, cuyo eco le retumbaba en la bóveda de las sienes, ya manchadas por la blanca mano del tiempo. Un sonámbulo —o quizá un ladrón, tentado por el diablo— podría animarse a cruzar el pasillo, interminable como la voluntad de Dios; entrar, por capricho, en una de las confusas habitaciones, más oscuras que el turbio aliento de la memoria, y encontrar la misma noche encubriendo los rostros inocentes de sus hijos, de la niña o del niño —todo dependería de por qué lado del pasillo entrara—, rostros cuyos rasgos mejor sería dejarlos sepultados en el sueño tras cerrar las puertas y luego surcar, en silencio, como el ala de una lechuza, el aire tibio del corredor. De alcanzar la cocina, la mano descendería a tientas por la pared de azulejos hasta dar con el interruptor de la luz, para así poder abrir la puerta del refrigerador, servirse un vaso de agua fría y volver a la realidad perdida. A un traspies de distancia —no se logra ver el pequeño escalón— se hallaría el sonámbulo en medio de la marquesina, cerrada a la calle por un portón de barras de hierro en forma de pétalos y horquillas; al otro lado de la marquesina, al fondo... una puerta siempre entreabierta, hacia donde la curiosidad conduciría los pasos. Una vez en el patio, a cuyos flancos se alzan palmas de helecho y un seto de Cruz de Malta, cobijados por un par de aguacateros y un árbol de mango, el sonámbulo se vería obligado a detenerse frente al muro de bloques de mampostería y cal que clausura la chata fachada de la casa de Salvador, en definitiva, un peñón de cemento aplastado por una poderosa mano que surgió de algún punto lejano, donde Puerto Rico y el Caribe pierden su nombre. Pero aventurarse, eso nunca, a recorrer en la noche las desiertas calles de Santa Mónica sería demasiado para quien sólo cuenta con el apoyo de un ligero aunque perti-

naz sueño, y va marcando con los pies descalzos el juguetón meneo de la memoria. Mejor volverse y perseguir el propio rastro, cruzar los espacios de sobra conocidos del alma, los rincones de la esperanza y el consuelo, y pretender que nada ocurre, y que el distraído cuerpo recién aventurado a traicionar el precario orden de las cosas que rige en casa de Salvador Galindo, policía jubilado, se pierda de una vez en el inmaculado abismo de unas sábanas blancas.

Pero Salvador aún no se había atrevido a cambiar de postura ni de habitación; permanecía postrado en medio de un inconcluso gesto, como una perezosa barcaza anclada entre las aguas difíciles de una bahía traicionera. El inquieto silencio de la habitación se le iba acumulando entre las sienes; una pesadez como de melaza de caña le descendía hasta la cintura y la comezón en las ingles sin previo aviso se le había convertido en una erección. Se tuvo que batir, entonces, con un obstáculo más en la malograda penumbra; ya no sólo era la sed, el opaco silencio de la noche, la mente estrujada y el lejano cansancio de su mujer, a esto había que sumarle el grito de alarma que en vano intentaba ahogar al echarse mano al falo. Un instante después, se vio deseando la intervención de un tercero, de Sepúlveda, por ejemplo, con quien platicaría el asunto, o cualquier otro asunto, frente a un pocillo de café negro y un cigarro: sí, enfrentarse en compañía a detener la llegada de la noche sonámbula, estar en una tarde sosegada de noviembre, hablar del nuevo centro comercial, comentar el último partido de béisbol, saborear las palabras compartidas, como si de un succulento asopao de gandules se tratara, con el cuerpo estirado encima de una mecedora de mimbre y debajo de un ventilador.

Pero era de noche y, aparte de su mujer dormida, en la habitación no había nadie, —quién mejor que él para saberlo— si a fuerza de pasar años solo en casa, donde un día se vio condenado por el resto de su vida, había aprendido en carne propia que la soledad es la más pedante y ruidosa compañera de un hombre. No había nadie, nadie excepto su mujer, que se la imaginó, sin querer, detrás de un infranqueable espejo, desnuda, riéndose burlonamente de la noche, mientras se repasaba los labios del sexo

con la yema de los dedos. Al echar una mirada al armario abierto, le pareció sentir el movimiento de una sombra agazapada entre el desorden de pantalones, zapatos y vestidos, y junto al sobresalto le vino a la mente la idea de que el espacio a sus espaldas era mucho más amplio que el que apenas podía distinguir en frente suyo: «el mundo empieza detrás de mí», pensó, y deseó, sin atreverse, arrimarse al tibio cuerpo que yacía a su lado.

Si en «El pocito dulce» no le hubieran llenado la cabeza de intrigas y chismes, si no le hubieran dicho que algunos vecinos decían que su mujer lo estaba desgraciando a fuego lento: que ella se levantaba antes que él, que se acostaba antes que él también, que trabajaba diez y doce horas en la fábrica de relojes, mientras que el hombre de la casa se dedicaba a esperar el chequecito de la pensión, sentado en un sillón de mimbre y frente al aparato de televisión; si las frases no hubieran sido recalcadas por el manotazo en el hombro, la cerveza convidada y la sonrisa cobarde que esbozaban aquellos a quienes, con su silencio y distancia constantes, despreciaba profundamente, como se despreciaría a sí mismo de habérselo permitido alguna vez; si él, Salvador, no tuviera ninguna necesidad de recuerdos, y si en definitiva, nadie le dijera nada, sería más fácil dejar que el sueño cayera como una mortaja sobre el inquieto cuerpo de la noche, y sobre el suyo propio, agarrado fuertemente al de su mujer. Pero no, éste no era el caso; en su cabeza palpitaban demasiados días en la bodega, demasiadas escurridizas sonrisas de Sepúlveda, cuando él, Salvador, sabía muy bien que todas las burlas y las frases insolentes, aderezadas con crueles albures que ponían en entredicho su hombría, podían muy bien hacer blanco en cualquiera de sus amigos, en Grajales, en Mariano Fresneda, o hasta en el mismo Sepúlveda —«claro, mis buenos amigos de siempre» se dijo en voz baja—. En cuanto a su mujer, a las inconfesadas angustias a la hora del sueño, a ese sudor frío y pegajoso en la nuca, había que ahogarlos en la cerveza tibia con que las manos, que habían perdido hacía mucho la serenidad del cariño, se armaban durante las tardes calurosas, compartidas con los hombres de Santa Mónica, con los mismos que compartía

los incansables boleros de la Vitrola de «El pocito dulce». Sin dirigir a nadie una palabra sincera, tranquilo sólo en presencia de su mujer, cruzando con los conocidos frases amables y sonrisas cordiales, palabras y gestos que con suavidad arañaban los ojos, como la guajana seca en el viento, los días pasaban para Salvador igual que el agua de las quebradas, que ni corre ni se deja beber. «Quién tira la primera piedra», se dijo, acudiendo al bolero de Rolando Laserie, pero nunca, quizás por soberbia, se había animado a desacreditar ninguna bravuconada de aquéllos que eran incapaces de mirar sus propias palabras en un espejo, para comprobar que éstas irían tomando, no los duros rasgos que ellos atribuían a su masculino y viril rostro, sino las dóciles líneas de esa mujer que habitaba en ellos, traspuesta como una idea íntima y olvidada; y no era que Salvador quisiera cuestionarles su hombría, perdida sabría Dios en qué motel barato de la isla, una noche cualquiera en que fueron por primera vez «hombres» al lado de su primera «mujer», no, «si sólo las mujeres saben lo que es ser hombre», se decía Salvador; más bien les reprochaba con su acostumbrado silencio el haber malogrado las demasiadas horas que pasaban en «El pocito dulce».

Desde el día que mató de un tiro en la espalda —de nada servían las cervezas tibias de la bodega, ni las horas frente al aparato de televisión para borrarlo de su mente— a un insignificante ladrón de coches, cuando intentaba escapar a toda carrera a través del oscuro estacionamiento del centro comercial de Santa Mónica, el policía se había entregado a una pensión por incapacidad. Y eso que no hubo nadie que le reclamara por el desgaje de la vida de aquel muchacho de arrabal, con apenas veinte años encima aunque con una hoja criminal de casi su misma edad, ya que en el parte que redactó él mismo, Salvador, y firmó su capitán, quedaba confirmado por testigos invisibles que el disparo había surgido en medio de un peligroso forcejeo. Pero de nada valió la entrevista con el gobernador de la isla, ni la intervención del mismo teniente Sepúlveda, a petición de su hermano, ni las palmaditas en la espalda.

«Anoche maté a un muchacho» se dijo, como queriendo dar por concluida una larga conver-

sación. En vano pretendía ponerle punto final al asunto, ya que no había sido ayer, por más reciente que le asaltara la imagen de una espalda que se le alejaba incitándolo a que apretara el gatillo, como si se tratara de un imaginario juego de niños, cuyas reglas habían sido aclaradas desde la misma fundación de Santa Mónica y de los cientos de barrios que como Santa Mónica luego germinaron como hongos y ocultaron en el olvido hasta el nombre del valle que décadas antes de la invasión de casas achatadas y repetidas solía llamarse «Ojo de Agua». No, no había sido ayer, había sido hacía más de diez años, cifra que sin saber por qué, a Salvador le resultaba mágica, como si la vida de un hombre se pudiera recoger en décadas, a manera de saltos de rana. No estaba en el centro comercial, estaba en la calle Trinidad, en su casa; no estaba debajo de las estrellas y al lado de los faros del carro patrulla, estaba en medio de la incierta penumbra de su habitación; y no estaba solo, detrás de un ladrón que intentaba escapársele, estaba detrás de su mujer sin saber qué hacer con su cuerpo.

«He matado a un hombre por la espalda» dijo al llegar a su casa, no más dar un paso en la marquesina. Despuntaba el día y ella se preparaba para pasarlo en la fábrica. No recibió respuesta, su mujer puso una profunda cara de disgusto y contrajo el vientre como si hubiera recibido el fatal disparo; se negó a comentar lo sucedido, tomó las llaves del coche y se marchó sin decir palabra. Por la noche sentados a la mesa, cenaron en silencio, y luego a Salvador no le quedó más remedio que acercarse a la bodega, mientras ella se hundía en el fregadero lleno de platos sucios. Al llegar al «El pocito dulce», volvió a decir la misma frase «He matado a un muchacho por la espalda». Todavía llevaba el uniforme, la pistola le colgaba de la cintura: la camisa azul oscuro, la gorra de fieltro y la chapa de latón prendida del pecho llegaron a la bodega casi pidiendo perdón cuando sus palabras retumbaron en el silencio que habían armado los presentes. Justo en ese momento el bolero de la vellonera llegó a su final, a lo que siguieron unos ronquidos mecánicos que no dejaron paso a la siguiente canción. Un par de latas de cervezas aparecieron en el mostrador.

Sepúlveda fue el único que se acercó a él, abandonó su lugar detrás de la barra, arrimó un taburete a una esquina y le dijo suavemente al policía, «siéntate». Y así permaneció sentado en silencio toda la noche, recibiendo de vez en cuando una palmadita en el hombro o topándose cada vez que levantaba el rostro con otra cerveza. El paso del tiempo lo marcó el ronroneo de los motores de los coches que pasaban frente a la tienda; de vez en cuando alguno se estacionaba en la acera y de su interior salía alguien siempre conocido, al que antes de atravesar el portón de la marquesina se le informaba de lo ocurrido la noche anterior en el centro comercial, cosa que hacía al recién llegado acercarse hasta Salvador y depositarle en el hombro la consabida palmadita, como si se tratara de la pequeña moneda que se echa en el cepillo de la iglesia, evitando mirarle a los ojos al monaguillo. Las canciones en la vellonera se acoplaban a las horas que transcurrían en la tienda, eran las de siempre, horas y boleros, y por más que variara su orden, todas juntas formaban un espacio inmutable, como la paciencia de Dios. Al terminar la velada, Sepúlveda fue apagando las luces una a una y luego poniendo a la clientela en la calle para que los hombres mostraran su cara de azoro de todos los días. El último en salir fue Salvador, ya nadie estaba en la acera preguntándose a dónde ir, sabiendo que ya sólo quedaba dirigirse a casa, a pie o en carro, abrir la puerta y meterse en la cama rogándole a Dios que cambiara un tanto el día que les esperaba después de las cortas y traicioneras horas de sueño. Sepúlveda le puso una mano en el hombro a Salvador y le dijo a manera de epílogo a la jornada «hay mucha gente mala en el mundo». Salvador se quitó la gorra por primera vez en todo el día, y se fue caminando hasta su casa, sin saber a quién se refería Sepúlveda, si al muerto o a él.

Por fin, cansado de la mente, no del cuerpo, se desprendió de las sábanas y reuló hasta el cuarto de baño. Cerró la puerta suavemente, sin hacer el menor ruido, encendió la luz y cuando se dio la vuelta se sorprendió al hallar su imagen en el espejo, y detrás de la imagen un rostro lejano, cuyos rasgos eran la firma de otro rostro. Frente a él vio también la misma espalda que

una noche se le alejara burlonamente, alumbrada por los focos azules del carro patrulla en que se había convertido la bombilla desnuda del baño. Intentó respirar profundamente, pero se le clavó un nudo en la caja del pecho y tuvo que desistir del aire, que se le escapó disparado como un tiro en la noche. Continuó mirándose, persiguiendo el reflejo que se sumergía y volvía a aparecer de medio cuerpo, como un niño jugando a las escondidas con su madre. Abrió una gaveta sin saber qué buscaba y encontró una caja de cosméticos, un cepillo y varias hebillas

tantes que le llegaban todos de golpe, intentando arrollarlo en medio de la noche. No sabía qué rumbo darle a sus movimientos; sentía que en medio de un sueño del que acababa de despertar lo habían atado de manos y pies, le habían puesto un nudo en el pecho y otro en la garganta: intentó gritar y apenas le salió un susurro como el cerrado aliento de un asmático. Sus brazos, sus piernas, tal vez incluso sus órganos no le pertenecían porque alguien se había apoderado de ellos para darles otro nombre, para recomodarlos de forma que, él mismo, se olvi-



IL CORTILE DI ANGUILLARA

PEDRO CANO

de pelo, todas nítidamente dispuestas, de manera que meter la mano fue quebrar el femenino orden de las cosas de su mujer. Extrajo un peine y comenzó a alisarse los cabellos después de humedecerlos levemente con unas gotas de agua; siguió peinándose hasta que estuvo conforme con su rostro. Luego, no sabiendo qué hacer, cerró la taza del inodoro y se sentó con las piernas abiertas. Comenzó a nublársele la vista; le fallaba el entendimiento para ordenar los ins-

dara de las pocas cosas con las que armaba su día a día. Era otra persona, eso lo sabía, y ahora nada se podía hacer, le había robado el silencio de la mente, le habían desprovisto de su voz, que no lograba hallar en ninguna de las gavetas donde sólo encontraba cosas de mujer. Se sintió desposeído de unos sueños que había escondido a través de toda su infancia, cuando en «Ojo de Agua» abuelos, padres e hijos llevaban conociéndose más años que el alcance del recuerdo,

y no había necesidad de que nadie se protegiera del prójimo. Por eso matar a un hombre a sangre fría era a la vez cumplir y despojarse del máspreciado sueño de su existencia: ser un buen policía. En un momento creyó que llegaría a contar con la admiración de Santa Mónica, cuyos vecinos acudirían a él para pedirle todo tipo de consejo. Pero los vecinos ni habían venido nunca ni ahora venían, era él quien iba a la tienda de Sepúlveda buscando un rincón desde donde despachar algunas horas de sus solitarias tardes, cuando los niños, cada vez más extraños y ajenos, como si no fueran suyos, todavía estaban en la escuela, y su mujer, como todo el mundo sabía, trabajando como una mula en la fábrica de relojes. Permaneció otro rato sentado, escuchando el pasar apresurado de los coches por Trinidad. Le pareció que uno redujo la marcha en la esquina y se detuvo frente a su casa. Sintió una molesta aspereza en la garganta, recobró un poco el ánimo para levantarse del inodoro y abrir el grifo del lavabo, pero después de llevarse las manos a la boca, tuvo que escupir el trago de agua tibia tras clavársele un golpe de náusea en el bajo vientre. Entonces se llenó de valor para apagar la luz, quedarse un segundo a oscuras, y acto seguido, atravesar la habitación y de la mesa de noche, sin saber muy bien qué hacía, extraer el antiguo 38 especial de servicio. Su peso era el justo, se asentaba en la mano con mansedumbre, era tanto un objeto ajeno al cuerpo como parte del mismo cuerpo. Comprobar la diferencia de peso entre aquellas pistolas de plástico con las que llenó las horas solitarias de su niñez y el 38 «Smith and Wesson del especial», como decía la canción, siempre le había intrigado el ánimo. El peso, pensó, las cachas de caoba pulida y el lustre del acero engrasado, que nunca desprendía olor a pólvora quemada. En el cuartel era famoso por lo impecable de su uniforme y la limpieza del arma, que en realidad, sólo descargaba durante las prácticas de tiro, hasta aquella noche que una bala suya hizo blanco en carnes y huesos. Al llegarle otra vez desde nunca la carrera de esta imagen en medio de la oscuridad, el pánico se apoderó de él; volvió a recular hacia el baño y esta vez el portazo hizo que la mujer cambiara de postura. Pensó que ella ahora le daría el rostro y no la espalda, pero

no la vio, tuvo que recurrir a su imaginación para comprender que ella le buscaba con ojos adormecidos y que intentaba decirle con dulce voz que se metiera en la cama; estuvo un instante esperando la palabra que nunca llegó y entonces encendió la luz y terminó de cerrar herméticamente la puerta. En el espejo volvió a ver su rostro, ahora más preciso, más familiar y cercano; levantó el revólver hasta la sien y sintió que una mano ajena lo sostenía, una mano cuyo inmenso cuerpo se perdía entre las más lejanas calles de Santa Mónica. El revólver, sin embargo, parecía estar suspendido en el aire por cuenta propia, y detrás del espacio reflejado en el espejo, se oía una voz que decía «Y ahora, qué». Un dedo arrugado y tenso fue suavemente apretando el gatillo: el martillo se despegó de su asiento dando a ver su oscuro colmillo, listo para hincarse en el casquillo de la bala...

«A una pierna, a una pierna...» pensó al levantar el revólver con ambas manos y apuntar a la camiseta que se alejaba corriendo por el estacionamiento. Bajó el cañón un poco, dio el alto con un par de gritos y entonces, apretó el gatillo y el disparo retumbó en la cabeza del policía como un enorme petardo. El bulto se fue de boca contra el suelo, intentó llevarse las manos a la espalda, y al sólo poder alcanzar el aire de la noche, tuvo que morir sobre el asfalto. Una enorme mancha roja, que en la penumbra era oscura, fue creciendo en la camiseta blanca del muerto, de manera que cuando el policía llegó hasta el muchacho, la sangre le cubría casi toda la espalda. Al voltear el cadáver dos ojos insomnes como lechuzas se le clavaron a Salvador en la mirada «Por qué por la espalda...» le pareció que le preguntaba el joven con una terrible mueca de tristeza. El policía se agachó y palpó el corazón todavía caliente, pero ya detenido para siempre. El olor a sangre fresca le descompuso la boca del estómago; se levantó apresuradamente sabiendo que de no hacerlo tendría que recostarse ahí mismo, justo al lado del cadáver, y ponerse a morir con él. Miró a sus alrededores y no vio a nadie, pero más allá, a la entrada de Trinidad, un par de coches se habían detenido al oír el disparo: el semáforo marcaba una luz verde, incrédula, a la que los conductores no le hacían caso alguno, interesados en la solitaria

pareja del policía y su muerto. De mirar la muerte un rato y hartarse de ella, o del mucho cansancio, de seguro, mezclado con cervezas y rones, por fin los coches retomaron la marcha y cruzaron el semáforo en rojo. De pie, y apoyado en un poste de la luz, Salvador fue recuperando poco a poco el aliento; se sacudió la cabeza un par de veces, se quitó la gorra, se pasó la mano por los cabellos empapados de sudor frío, y por fin metió el revólver en la baqueta, de donde —pensó— no debió de haberlo sacado nunca. Se dijo, entre sombras, que nada había pasado, que él no estaba ahí sino en su casa, al lado del suave cuerpo de su mujer; quiso en ese instante estar dentro de ella, protegido por la tibieza de sus pliegues y acariciado por sus redondos muslos, entre cuyas carnes hallaría una penumbra amiga, una sola oscuridad con la que borrarse hasta las señas de la cara. Pero un auto que pasó a toda carrera, ignorando la luz roja del semáforo, sacó a Salvador de su ensueño y tuvo que ver, bajo sus pies, la muerte de un hombre. Contempló otra vez el cuerpo inerme, y casi le pidió permiso para dirigirse al coche, tomar el micrófono, y adivinar lo que al fin comunicaría al cuartel con los labios besando el micrófono, de modo que nadie de los dormidos alrededores se enterara de lo ocurrido. Confesó más que dijo, que había matado a un ladrón de carros en el centro comercial de Santa Mónica. Le dijeron, sabía que le dirían, que no tocara el muerto, que enviarían al capitán y al fiscal para que levantara el cadáver, que se quedara allí mismo. «Adónde carajo pensaban que iría con éste...» se dijo después de colgar el micrófono y encender un cigarrillo. El fognazo de luz del mechero le hizo ver cómo la sangre, ya derramada en el asfalto, lentamente, pulgada a pulgada, se iba acercando hacia él...

La salpicadura roja de la sien, abierta como una guayaba madura, pensó Salvador, llegaría hasta el espejo; se arruinaría la blancura del lavabo de porcelana bajo el reguero de sesos; y a las losetas del suelo, que sentía frío en las plantas de los pies, ni el agua con lejía lograría desprenderle el dulce olor a sangre seca. El cuarto de baño quedaría en peores condiciones que por las mañanas, una vez cumplida la rutina del primer aseo; no se podría comparar al desorden

que en tantas ocasiones le había traído una discusión con su mujer: manchas de crema de afeitarse en el espejo, charcos de agua en el suelo, frascos de loción abiertos. Un desastre, sí, un desagradable cuadro en cuyo centro habría un cuerpo descoyuntado con la cabeza hecha una pulpa colorada. «Cómo se pondrá mi doña si me tiene que limpiar del baño...» El gatillo del revólver escondió lentamente la aguja en su asiento, como disculpándose por haber pretendido romper la quietud de la noche. A su vez, el Smith and Wesson descendió de la sien, bajó como si estuviera sumergiéndose en el agua revuelta de una quebrada, buscando un fondo cenagoso donde perderse para siempre. Al final del gesto, el revólver quedó colgando de un brazo muerto, bamboleándose como el péndulo de un reloj. Salvador se volvió, orinó y decidió no descargar el inodoro para no hacer ruido; abrió la puerta rápidamente, sin apagar la luz, pero su mujer permaneció sumergida en un plácido sueño: los labios distendidos esbozaban una lejana sonrisa, los pómulos se le derramaban del tranquilo goce, la garganta se perdía entre las suaves sábanas con las que se acariciaba el rostro. El hombre se dedicó por un instante a contemplar el suave palpitar de aquel cuerpo cansado y conforme; entonces alargó la mano hasta el interruptor de la luz y la mujer desapareció nuevamente entre las sombras. Antes de salir de la habitación para enfrentarse a la profundidad del pasillo, le pareció que ella nombraba a alguien entre sueños.

A derecha e izquierda dormían los muchachos, que apenas habían ocupado un rincón en la imaginación de Salvador: «se llevan la mejor parte de la noche —pensó—, el sueño». Fue palpando con la mano libre la pared para orientarse hasta la sala, de donde provenía un leve destello, quizá la luz que nacía en la casa del vecino. Al final se encontró en la ventana, mirando hacia la calle, comprobando las manchas de luz que vertían los postes del alumbrado: unas sombras que se perdían entre coches estacionados, pequeñas palmeras y breves jardines. En la esquina, todavía se veían las lámparas encendidas de «El pocito dulce», y Salvador se extrañó de que Sepúlveda no hubiera echado a la gente a la calle. Sintió sed y se dirigió a la

cocina, donde le costó unos minutos encontrar el interruptor de la luz. Se sirvió un vaso de agua fría y lo apuró de un par de profundos tragos. Puso el vaso en la pila y salió a la marquesina; la atravesó con pasos sosegados hasta llegar al portón del patio, y una vez allí giró el cuerpo violentamente y levantó el revólver con las dos manos; había escuchado un ruido, como un estrujarse de papeles viejos o la carrera de un animal sobre hierbas secas, un ruido que le había estado aguijoneando la nuca toda la noche; pero no había nadie, cosa que temía desde el instante antes de voltearse, con rapidez, como lo había aprendido a hacer en la academia. Sin embargo, el gesto le ayudó a desentenderse de la tensión en las sienes. Se sintió más sereno después de bajar el revólver suavemente. Entonces miró a través del angosto portón el patio repleto de árboles y flores; buscó entre los ruidos y las matas al intruso que llevaba dentro, un intruso que a cada paso suyo parecía adquirir más y más vida mientras él —lo sabía— iba perdiendo la suya, día a día regada en los rincones de su propia casa y en el mostrador de «El pocito dulce». Entre los crotos y bajo el árbol de mango, creyó ver algo que se movía; siguió mirando y le pareció que una pequeña sombra se deslizaba por el flanco de la casa: de seguro se colaría por la terraza, pensó. Entretuvo la idea unos minutos y luego, con el pretexto de quitársela de la mente, volvió a recorrer como un sonámbulo el mismo camino hasta la cocina. Llegó a la sala y se fijó que la puerta corrediza que daba a la terraza, tal y como lo había temido, estaba abierta de par en par. Se cambió el revólver de mano y la cerró suavemente, extrañándose de su figura en calzoncillos y camiseta, con un arma en la mano. Arrimó una silla a la mesa del comedor, se sentó, se deshizo del pesado revólver, respiró profundo y se pasó la mano por la sudada cabellera, como queriendo de una vez y por todas emparejarse y alisarse los pensamientos. Cerró los ojos y se propuso no abrirlos hasta que llegara, con la ayuda de Dios, la luz del día y los ruidos de la vida. Se tranquilizó —eso pensó— sin ningún motivo, creyó ahora sentirse

mejor, le cabía más aire en el pecho que, de repente, sentía amplio y liviano. Tomó el revólver distraídamente y se aventuró al oscuro pasillo. Le vino otra vez a la mente la imagen del bulto que se movía entre los matojos del patio y la puerta abierta, tal y como estaba la de su habitación cuando se adentró en ella. Esperó inmóvil hasta que sus ojos se acostumbraran a este más denso tono de penumbras, dirigió la vista hacia el lecho y después de unos instantes comprobó que ahora la mujer no le ofrecía el rostro, sino, otra vez, sus tiernas espaldas; se había desprovisto de las sábanas y ofrecía su sueño de mansas curvas a Salvador, quien se acercó sigilosamente hasta posar el cañón del revólver en sus muslos: luego ascendió el acero trémulo hasta el centro de la cintura, lo bajó de nuevo, esta vez más cerca de la piel, apenas a unos centímetros del bulto de huesos y sangre. Repitió el breve recorrido, ahora rascando el lomo de su mujer, que encogió los hombros como agradeciendo la suave caricia. Iba a guardar el revólver en la gaveta, deshacerse del peso y, decidido, hundirse en el cuerpo blando de ella para gozar hasta de la cara que pondría al sentir encima, por primera vez en muchos años, el deseo de su marido. De repente, algo pareció moverse en la boca del armario: una masa informe de color cenagoso, como el agua empozada de las quebradas, hacía por hablar en la penumbra. Salvador apuntó el cañón del Smith and Wesson al centro de las sombras y apretó el gatillo no una, sino dos, tres veces: el primer disparo retumbó en la bóveda de la casa despertando al mismo diablo que dormía debajo de la cama, abriendo los portones de par en par para que entrara el aire fresco de la noche, haciendo saltar de sus taburetes a los últimos bebedores de cervezas tibias de Santa Mónica. Se hizo la luz en la habitación. Otras luces destellaron como un relámpago en casas vecinas. En el armario, entre zapatos viejos, pantalones y vestidos, corría un fino hilo de sangre. Salvador giró lentamente y al confirmar el horror en el rostro de su mujer, comenzó a sentir lo que, con el paso de los años, se iría convirtiendo en su paz profunda y duradera.